

De actualidad



Filosofía donjuanesca

Teníamos ya pensadas las reflexiones que van a seguir, cuando recibimos hoy, 9 de marzo, la noticia del último — último hasta ahora — acto de la bárbara y cruentísima tragedia que se está desarrollando en esta convulsionada España. Pensamos al pronto guardárnoslas y acrecentar con la nuestra la protesta contra el terrorismo, contra todo terrorismo, pero hemos temido que no suene a hueco lugar común lo que a tal respecto pudiéramos decir.

Y cuando la barbarie arrecia en torno y la fiebre de la mala sangre está, a dos filos, enrojeciendo y enloqueciendo a España, no es ocasión para endechas y tópicos baladías, de esos de salir convencionalmente del paso.

Lo que hace acaso más fatídico, más agorero el sino terrible del hombre que ha caído víctima de una ferocísima guerra intestina, es que tal vez quiso oponerse a los procedimientos por que, con una torpe táctica, se trataba de acabar con ella; es que ocupaba un puesto de peligro sin gusto ni gana y quién sabe si por evitar que lo ocupase otro más arrojado y temerario... Mas de esto se podrá y se deberá hablar cuando la confusión del momento, la que produce la perpetración de todo crimen como el de que ha sido víctima don Eduardo Dato, se haya disipado, y quepa discurrir, sin que por ello se hiera sagrados dolores, sobre el hecho como sobre un fatal y lamentable episodio de esta salvaje tragedia que estamos, no presenciando, sino padeciendo.

Y dicho esto queremos decir algo —no más que algo— de lo que, antes de tener noticia del crimen de ayer, teníamos pensado, para nuestro artículo de hoy. Y era hablar de la disposición de ánimo donjuanesca o tenoríesca por oposición a la quijotesca. Que no se diferencian en lo que atañe a la lujuria, no.

Lo que fundamentalmente diferencia a Don Juan Tenorio de Don Quijote, es que aquél vive al día sin que para él haya porvenir, mientras que

éste otro se preocupa del juicio de los tiempos venideros, de lo que dirá de él la historia. La frase típica de Don Juan, sobre todo tal cual nos le presentó Tirso de Molina, es: "Si tan largo me lo fiáis..." Don Juan vivía al día, en el placer del momento.

Y esta disposición donjuanesca, esto de no atender sino a salir del paso, a soslayar la dificultad de hoy, a ir tirando, a ganar tiempo—que es perderlo— es una de las más fatídicas causas de los males públicos que nos abruma y acongojan.

De otro Don Juan, no del Tenorio, es la repetición de aquella terrible frase popular: "¡De aquí a cien años, todos calvos!" O como dijo el otro: "¡Eso tendré que verlo desde el... pudridero!" Y está dicho, sin embargo, que el cultivo del árbol es un cultivo heroico, porque ni ha de recojer su fruto ni acaso ha de gozar de su sombra el que lo planta.

"¡Mañana será otro día!", dicen unos, y otros: "¡mañana... Dios dirá!" ¡Y hay que oír lo que Dios les dice a los que dicen tal! Pero hay otra frase más fatídica aún y es aquella de: "¡bueno; pero nadie me quita lo bailado!"

"¡Nadie me quita lo bailado!" Consideremos todo lo que hay de pavoroso en esta expresión genuinamente donjuanesca y anti-quijotesca por lo tanto. Y consideremos también que las catástrofes vienen aureando a paso de baile, o si se quiere más concretamente, a paso o trote de zorro, a "foxtrot". Sí, señor, a tal paso suelen venir las catástrofes.

No hace mucho tiempo se hablaba, para explicar ciertos fenómenos económicos y la carestía de la vida, de la ola de pereza. ¿Y ahora? ¿qué ola es la que recorre el mundo social? Y lo que llamaban pereza era vivir al día, era no pensar en el porvenir, ni sentirlo, era sentir donjuanescamente. Y lo mismo los dirigidos que los dirigentes. Y aun más éstos.

Agréguese que se está desarrollando una imaginación colectiva morbosa que toma toda la tragedia que vivimos como un espectáculo y no como algo en que nos va el porvenir. Lo cual es donjuanesco también. Todos, quienes más quienes menos, sentímonos arrastrados a hacer... literatura. Hoy mismo y con ocasión del último episodio de esta cruenta tragedia vivida y no representada, hemos oído comentarios que nos han llenado de

pavor. Los que los hacían, hacíanlos como meros espectadores, desde la galería y como creyéndose a cubierto del vendaval que azota la escena.

¡Y luego hay quien salta diciendo que hay que ser optimista! "¡Nada de jeremiadas!" Sí, sí, hace no muchos años oímos de ciertos labios unas expresiones llenas de juvenil optimismo contra las jeremiadas, pero, señor, las cosas son como son y de nada sirve querer velarlas o desfigurarlas. Y Jeremías fué un gran maestro de endrágia. Sus trenos son algo más robusto, más vitalizador, más dinámico de lo que se cree. No, no hay que abandonarse a la voluptuosidad de la queja, del lamento. El llanto sobre el difunto no le hace resucitar, sin duda, pero el treno jeremiaco es algo más que llanto.

¡Cosa terrible la filosofía y la política donjuanesca, de vivir al día!

MIQUEL DE UNAMUNO

